



calso de adoquines. Unos obreros nos ayudaron a llevarlo a la casa de socorro.

A las dos semanas, el médico confirmó que Agustín se quedaría inválido de esa pierna. Fueron unos días terribles para toda la pandilla y que Juan y yo nos pasábamos deambulando sin saber qué hacer. Ibamos a su casa a la hora en que Rosita marchaba a verle al hospital y ella o Alejandro o el padre decían que éramos hermanos para que nos permitiesen pasar. Entrábamos en la sala y nos quedábamos de pie junto a la cama. Le dejábamos tebeos y volvíamos para el barrio. Rosita, Alejandro y el padre hablaban con nosotros de todo aquello y nos pidieron que nada dijésemos a Agustín. Estaban convencidos de que el médico se había equivocado y que nada le había ocurrido al nervio, como decía. Incluso, en caso de que fuera cierta, eran optimistas: habían hablado con un pariente lejano que era médico de la Federación de Fútbol y que reconocería y operaría a Agustín. Agustín, en la cama, con la pierna colgada de una polea, hablaba poco. Era comprensible. Era mucho más listo que todos nosotros juntos. Y valiente (no dijo ni pío cuando le curaron en la casa de socorro). Pero el médico le contestaba con evasivas cuando él preguntaba si podría seguir jugando al fútbol. Se había quedado muy delgado y parecía mucho mayor.

A las dos semanas tuvimos que dejar de ir por el hospital. Rosita había decidido aceptar un contrato para cantar en una compañía que marchaba a provincias y sólo podríamos visitarle los jueves y los domingos. Ese mismo domingo perdimos, por primera vez, con los chicos de las Cuarenta Fanegas, a los que habíamos sacado siempre ventajas de hasta once a cero. Cuando se lo contamos a Agustín por la tarde (mamá nos había dado permiso para no ir a casa del abuelo), él preguntó: «¿Jugó Emilio en punta?». «No —dije yo—, ya sabes que le gusta jugar de medio retrasado.» «Tenéis que perder», dijo él.

Al salir del hospital, sin hablar mucho del asunto, quedó decidido que volveríamos al colegio. Estábamos desmoralizados y nos nos preocupábamos de elaborar un plan ni de ponernos de acuerdo sobre lo que íbamos a alegar. En el colegio no nos hicieron, al día siguiente, demasiadas preguntas y salimos bien del paso. Pero, al volver a casa, salió mamá a abrirnos en vez de Encarna. Supimos que nos habían descubierto.

Mamá nos pasó a nuestro cuarto y nos comunicó que al año siguiente iríamos internos y que ya había escrito a los hermanos de papá comunicándoles esa decisión. Al comenzar el curso, mamá había rechazado esa oferta. La familia de papá no la podía ver. Opinaba que era una mujer muy frívola y desorganizada, a la que no se podía

entregar cien pesetas con confianza. Supimos que mamá había dicho no a la proposición por el abuelo, que exigió de Juan y de mí una firme repulsa a tales pretensiones. Nos habló del egoísmo y de la mala fe de los hermanos de papá y de los sacrificios de mamá para sacarnos adelante con su sueldo de maestra. La pensión que la había quedado y la ayuda de las clases particulares. Yo escribí entonces una carta a los hermanos de mi padre llena de ira sacrosanta. Cuando mamá se enteró de lo ocurrido, nos llamó a Juan y a mí, nos dijo que lo que habíamos hecho estaba mal y que nos limitáramos a estudiar. Sólo explicó que, según ella, era mejor para nosotros que siguiéramos en casa. Nos había emocionado mucho aquella confesión de mamá.

No volvimos a ver a Agustín hasta que acabó el curso. No tuvimos materialmente tiempo. Durante las vacaciones de Semana Santa, me operaron de apéndice. Después nos dedicamos a estudiar. Los frailes nos habían advertido que sería muy difícil darnos un aprobado. Pero, a pesar de todos los pesares, sacamos todas las asignaturas (mamá nos había prometido que si eso ocurría sólo habría un año de internado). Cuando terminamos, no nos pareció tan excesivo el esfuerzo. Estábamos contentos porque iríamos a un campamento por primera vez y veríamos el mar. El comienzo del internado quedaba tres meses lejos. Así que hasta el momento mismo de bajar por primera vez al desmonte no nos acordamos de Agustín.

Estaba allí, sentado en unas piedras, contemplando cómo Antonio, Emilio y Manolo ataban a Puti, que gritaba vanamente para que le soltaran. Nos sentamos junto a él. No le preguntamos por la pierna. La tenía estirada, sin poderla doblar, y se la tocaba de vez en cuando. Al cabo de un rato, me cansé de estar así, sentado, sin hacer nada, con aquel calor, y propuse irnos a la accequia de Chamartín a darnos un baño. No estaba José Luis y todo el mundo aceptó la idea. Echamos a andar. Entonces Puti se volvió hacia atrás y preguntó a Agustín, que seguía sentado, si venía. Agustín contestó que no con la cabeza. Entonces Juan y yo nos volvimos y le dijimos adiós con la mano. Luego Juan, señalando a José Luis que acababa de salir del portal y se dirigía hacia nosotros, me dijo: «Ahí está ese, seguro que no le gusta hoy tampoco el plan.»

En el campamento conocimos a unas muchachas que vivían también en Madrid, junto al colegio. Quedamos en que saldríamos con ellas. Y fue José Luis, al que llamamos para que acompañase a una amiga, el que nos dijo que Agustín ya no vivía en el barrio.

(Ilustraciones de Laffond.)



"esta cara de la luna", de juan marsé

JUAN Marsé, que ya se nos reveló como un prometededor novelista con su primera obra, "Encerrados con un solo juguete" (1960), acaba de publicar su segunda novela: "Esta cara de la luna" (Colección Biblioteca Breve, Editorial Seix-Barral, Barcelona, 1962). "Encerrados con un solo juguete" quedó finalista en el Premio Biblioteca Breve, declarado desierto aquel año por falta de "quorum" y llamó poderosamente la atención de crítica y público. Yo estoy seguro de que "Esta cara de la luna" despertará igualmente un gran interés.

Como "Tormenta de verano", de Juan García Hortelano, o como "Pin de fiesta", de Juan Goytisolo, por citar dos novelas españolas muy recientes, "Esta cara de la luna" elige sus personajes y sus situaciones de la alta burguesía. A través del personaje, Miguel Dot, un periodista que proviene de una "buena" familia y que juega a lo que pudiéramos llamar el inconformismo domesticado, penetramos en el mundo de esta clase en el poder. Juan Marsé enfrenta a Miguel Dot con sus antiguos compañeros de Facultad, con sus amigos entrañables de la juventud, con sus amores de la adolescencia. A través de este enfrentamiento, el autor nos va dibujando —con rasgos muy precisos— las distintas actitudes que cada uno de estos personajes ha adoptado ante la vida y ante la sociedad. Son actitudes representativas, cuyo común denominador es el de aceptar totalmente las estructuras sociales y las formas de vida que, junto con una inmensa fortuna, les han legado sus padres.

"Esta cara de la luna" encaja perfectamente en las líneas de un social realismo, que es hacia donde se orienta, mejor o peor, con fallos y con aciertos, la nueva literatura española. Y es la denominación de social realismo hemos de incluir tanto las obras que testimonian las precarias condiciones de vida de una clase como aquellas que testimonian y fustigan los vicios y decadencia de otra. "Esta cara de la luna" pertenece a este segundo grupo. No es una gran novela, pero sí es una novela valiosa e interesante, con la que hay que contar.



"mazorcas", de gabriel celaya

DESDE 1959 hasta hoy, Gabriel Celaya, uno de nuestros primeros poetas, ha publicado los siguientes libros: "Cantata en Alejandro", "El corazón en su sitio", "Poesía y verdad", "Para vosotros dos", "Penúltimas tentativas", "Poesía urgente", "L'irreductible diamant", "La buena vida", "Poemas de Juan de Leceta", "L'Espagne en marche", "Rapsodia Eúcará", "Episodios nacionales" y "Mazorcas". Aunque alguno de estos títulos corresponda a una recopilación de poemas anteriores —por ejemplo, "Poemas de Juan de Leceta"— y aun cuando los libros de poesía se caractericen cada vez más por lo exiguo de su extensión, esta impresionante lista de títulos habla por sí sola y nos obliga a sacar la conclusión de que, además de ser uno de nuestros primeros poetas de hoy, Gabriel Celaya es también uno de los más prolíficos.

La materia que por excelencia ha tratado hasta ahora Celaya en su poesía ha sido de carácter social. Algunos de los poemas de "Mazorcas" (Colección Recomendador, Valencia, 1962) están dentro de esta tendencia, por ejemplo los titulados "Martín, el herrero", "Cólera obrera" y "Las herramientas". No obstante, la mayor parte del libro contiene poemas de carácter más subjetivo. En ellos vemos al poeta enfrentado consigo mismo y, en particular, con su oficio de poeta y con su propia poesía.

"Mazorcas" no es el mejor libro de Celaya, ni siquiera uno de los mejores. Pero, como en todos los del autor, en éste advertimos la vigorosa personalidad poética de Celaya, su autenticidad a toda prueba y su espíritu alerta ante la problemática de nuestro tiempo.

RICARDO DOMENECH